

## LA SIMULACIÓN CULTURAL

POR

PIER PAOLO OTTONELLO

Espiritualmente, y por lo tanto culturalmente, o se crece o se muere. Esta alternativa crucial es insuperable. Condición esencial del crecer es el *habitus* del examen integral de conciencia. No son suficientes ni el autoanálisis ni las autocríticas, formas más o menos sofisticadas de fuga de la conciencia integral, sustituida por las pseudoconciencias más o menos colectivamente hipócritas de los “espectaculismos culturales”; ni puede ser suficiente la delicatosa contradicción de una autoconciencia deformada y transformada en examen de la conciencia ajena. En vez, es necesario el *habitus* de la dedicación absoluta al Espíritu de Verdad. Cualquier reducción o sustitución comporta necesariamente ofuscamientos y debilitaciones de la autoconciencia integral, cuyo primer signo seguro es el discernimiento: la lucidez tranquila y amorosamente despiadada, ni parcial ni complaciente, sino audazmente crucificada al vigilar ininterrumpido, para no caer ni en los adormecimientos de cualquier máscara de coartadas o de autojustificación, ni en las esterilidades de las prédicas más o menos apocalípticas.

El discernimiento espiritual, es pues cultural, es discernimiento de la esencia del espíritu y de la cultura como itinerario hacia la integridad de la verdad y del punto en el cual estamos en tal itinerario: del punto del camino maestro de la universalidad de lo verdadero, o bien del punto de los senderos de las reducciones o parcializaciones o encubrimientos del Espíritu de Verdad. En efecto, o se vive y se crece en el amor al Espíritu de Verdad, o se muere de miedo y de fuga al Espíritu de Verdad. Por lo tanto, *la cultura es el progreso* en cuanto se actúa según la propia esencia y

el propio horizonte paradisíaco de historia itinerante hacia la perfecta consagración del hombre entero y del mundo entero, superando por esto toda desacralización y toda parcialización y actuándose según el propio orden metafísico.

Toda vez que el orden metafísico de un ente es perturbado, mediante un desconocimiento o una negación de tal orden que es, pues, de la misma esencia del ente; de tal perturbación se sigue necesariamente un desorden en el ente mismo y en sus relaciones con los otros entes y, en consecuencia, un desorden en el universo de los entes. La lógica intrínseca del desorden es la división o escisión del ente en sí mismo y de los entes entre ellos; el cumplimiento de tal lógica es la *destrucción* o aniquilamiento del ente y del universo de los entes. De tal desorden, comúnmente advertimos o lamentamos solo algunas de las consecuencias más manifiestas —además sin retraerlas a sus causas propias—: en particular aquellas divisiones que aparecen como propias y constitutivas de la totalidad de la sociedad hodierna, como las divisiones entre las ciencias, las divisiones en el interior de todas las formas de trabajo, las divisiones entre el poder y el individuo, las divisiones entre las necesidades y las libertades. Aludo a las deformaciones de las distinciones y de las autonomías de cada uno de tales elementos respecto a los otros, deformaciones que tienden a absolutizar distinciones y autonomías, transformándolas justamente en escisiones entre tales elementos, según un proceso de *desintegración* de un orden, dentro del cual, en vez, ellos tienen su plena positividad: por ejemplo, cada una de las ciencias siempre que se ponga en una relación ordenada de integración respecto a cada una de las otras ciencias y a la universalidad orgánica del saber; cada momento de cada trabajo dentro del universo del trabajo como progresiva armonización de las relaciones hombre-naturaleza; cada acto de poder como momento de un ordenarse al bien común universal; cada necesidad como signo del límite constitutivo de la libertad y condición de su integral actuación.

En realidad, todas las formas «sociales» de división resalen, como a su causa, a *divisiones de la persona* misma; esto es, ante todo a las divisiones lacerantes que nutrimos en nosotros mismos, a veces casi inconscientemente, pues con el máximo de irrespon-

sabilidad, o bien cubriéndolas con una coartada de estirpe más o menos noble: esencialmente, las laceraciones entre saber y querer, entre teoría y práctica, entre fines y medios, entre ciencia y sabiduría, con las cuales nos transformamos en un *brutal guerra total contranosotros mismos y contra todos*. Partidos, maridajes, *lobbies*, las sectas, movimientos, academias, *clubs*, curias, universidades, centros y círculos «culturales-sociales», todas estas formas variadas que «enriquecen» hasta lo inverosímil el panorama «cultural», en la mayor parte de los casos devienen así *institucionalizaciones de aquella guerra total*, en cuanto su finalidad real, fundamental, no es ni el bien común, ni, pues, el incremento de las personas en su integralidad, sino es el progreso *de la exclusividad y de la exclusión*, según las leyes de la más bestial concurrencia — más bien que de recíproca colaboración— que impone la transformación de todo bien en algo *exclusivo*, o al menos de su perfecta simulación, a fin de que nada escape a mi absoluto control, dominio, interés: nada más que la *internacional de la intolerancia* que consuma brutales fanatismos.

Los organismos «culturales» se ponen así al altura de su verdadero fin de *organizar la simulación de la cultura*. Eliminadas todas las culturas «alternativas», mediante una *cultura de la pseudoalternativa*, única y pues planetariamente universal, se requiere reforzarla con la coartada y la máscara del *pacifismo*. Las pseudoalternativas son aquellas mismas que explotan en el interior de las divisiones de la persona: por ejemplo, o mi absoluta libertad o Dios; o el placer ilimitado, o las represiones del deber o de la ley, etcétera. Las culturas «alternativas» son identificadas con aquellas posiciones que no aceptan tales alternativas y les enmascaran la sustancial falsedad y destructividad. La institucionalización de la guerra total se erige así en suma garantía del congelamiento de todas las desestabilizaciones y sobre todo de las formas de guerra «abierta», por lo tanto «irracionales»: la paz universal puede ser garantizada solo por la eliminación de la posibilidad misma de todas las pseudoalternativas, consideradas estímulo de todas las guerras del «pasado».

Se elimina, pues, como *irracional* un término de la pseudoalternativa, en favor del término *racional*, o sea, en verdad, del tér-

mino calculado con el criterio del máximo de mi placentera libertad. No por casualidad, dispersada y esterilizada la comunidad cristiana, han explotado los liberalismos y los comunismos; y, muerta consumísticamente la familia, también los comunismos se están consumando, como nieve pisada, ante el nuevo sol del ideal del *single*. La *dialéctica del desorden* realiza así el espejismo, que queda, pues, como maligna ilusión radical, de un más o menos iluminista «paz perpetua» al precio de la *anulación mórbida de todas las ideas* —del pensar mismo— y, por lo tanto, de todos sus fibras más pobres, o sea las ideologías, declaradas «usadas» y ya «no funcionales», y también de las mismas teorías sociales y económicas que retengan aún un mínimo de universalidad concreta. Así la *pseudouniversalidad, que funda la pseudopaz planetaria*, en realidad refuerza el único «nuevo régimen» que resta posible en tal estadio: aquel de la *idioteia*, o sea, de lo «particular» y de lo solo privado, que valoriza el bien común a lo máximo en el nivel de cualquier asunto, por lo tanto digno de descartarse como el menos redituable, y por ello el más irracional de los asuntos.

El régimen de la *idioteia* eleva pues sobre los palcos «públicos» todo parto de la *ignavia de la inteligencia y de la voluntad*, en cuanto todo descuento de absoluto triunfa sobre el mercado solo mediante los peajes que paga a la ignavia. Mas todo descuento sobre lo absoluto de los principios sumos tiene como precio y fruto solo *confusión* en relación con los principios en su esencia, y también con relación a las relaciones entre los principios mismos en sus determinaciones.

Se sigue de esto que la cultura es reducida normalmente a sus simulaciones, identificándose con la moda-mercado —en realidad es evidente que si trata de anticultura o, peor, de *acultura*, o sea de barbarie más o menos sofisticada—, resultado de una red de reducciones, que se organiza en un verdadero y propio *sistema de la reducción*. Así, la filosofía simulada se reduce a sociología, esto es, es primeramente historia —habiendo reducido nominalmente su esencia de teoría fundante de los principios primeros— y después a registro de los fenómenos «contemporáneos» o de moda, esto es, pasto de los sentimientos subjetivos; la religión simulada se reduce a flujo de los sentimientos subjetivos, o sea a

la confusión radical que preferentemente se traduce en indiferencia de la pseudoalternativa entre un «me importa» y un «no me importa», un «me gusta» y un «no me gusta»: esto es, en el mismo nivel astutamente agigantado y explotado por todas las publicidades, tanto «consumísticas» como «científicas». Más todavía, abreviando con una drástica enumeración: el arte simulado se reduce a arbitrio más o menos estupefaciente, asombroso, escandalizante —con tal que se venda—; la misma sociología simulada se reduce a estadística: así hace hacer todo a la ‘inteligencia artificial, la nueva inteligencia ‘sobrenatural’, que ‘genera’ mil veces más respeto a la miserable inteligencia mía ocupada en sus juegos. Es la misma inteligencia, en efecto, que si sustituye con sus simulaciones, reduciéndose al *sistema de la estupidez seductora*, construyendo el *sistema de la confusión*, fundado sobre el *sistema de la reducción*.

Se sigue de esto una cadena de simulaciones reductivas: la teología simulada se reduce a antropología; la antropología a psicología; la psicología a biología; la biología a química; la química a física; la física a matemática; la matemática a computerizado cómputo irracional; la metafísica a lógica; la lógica a combinación de nombres; la política a economía; la economía a juego de poder; las ciencias todas a lenguaje económico computerizado; el lenguaje a juego; la libertad a arbitrio impune; la felicidad al juego de lo efímero; el bien común al sistema de las convivencias; la paz al prolongamiento indeterminado del sistema de la reducción y de la confusión, cuya coherencia y cuyo éxito necesario es solo una explosión en cadena de destrucción: la *atómica espiritual* que genera todas las otras desintegraciones. Por todo ello, esta paz debe multiplicar obstinadamente los días mundiales de fiesta y los ciclos mundiales del tiempo libre —vaco de los problemas disueltos más bien que resueltos— para buscar mientras tanto consumir los ritos redituables de la culturaespectáculo.

Estos sistemáticos vagabundajes que distraen de los caminos maestros han sido alimentados en forma creciente, con efectos ya planetarios, por el *naturalismo racionalista neopagano*, desembocado de hace casi dos siglos en todas las formas de cientificismo. En este sentido el cientificismo —padre de los gemelos bautizados

«secularismo» y «teosofismo»— se revela en su naturaleza de sistema del odio oculto a la integralidad del hombre, y por lo tanto debe enmascararse gnóticamente de formas telúrgico-ocultistas, también ellas a su vez, hoy, grotescamente reducidas a la dictadura de la moda-mercado. Mas, rechazados los caminos maestros —caminos estrechos—, en favor de todos los caminos placenteros quedan los angostos del *miedo*, que se pueden a la vez cubrir y aprovechar: deviniendo hombres del pantano, de la vileza, para los cuales todo deviene vendible, al precio prepotentemente idiota del compromiso sobre la verdad. Consumada la violencia contra el Espíritu de Verdad —y el máximo de la violencia es la vil ignorancia o la indiferencia en confrontación con el sentido mismo del Espíritu de la Verdad—, se siguen de esto necesariamente todas las formas de violencia, manifiestas u ocultas: nos hacemos en esto los cómplices primeros y, al mismo tiempo más estúpidos, haciéndonos también en esto las primeras víctimas.

Ni siquiera los más grandes imperios cayeron jamás por la fuerza de los adversarios, sino únicamente por la propia debilidad y corrupción. Robustecer el sistema del compromiso, con todas sus artes de mimetismo y oportunismo, no es otra cosa que acomodarse a la *ley del mundo* como rechazo al Espíritu de Verdad. El primer signo de la fuerza de tal «sistema» es en efecto la destrucción más o menos mórbida de todo lo que es perenne, o también tenga una impresión de duración. El compromiso es pues el esclavo ideal de todas las modas, por esencia contrastantes —en cuanto obedecen a la más miope irracionalidad sensualista— y conjuntamente es en esto la víctima ideal. La simulación cultural, que se reduce al *sistema de la prostitución espiritual*, puede solamente crecer como *miedo*: miedo a un mañana ante el cual se hace impotente, porque lo está destruyendo, aún cuando ciegamente finja no considerarlo digno de sus intereses más urgentemente «actuales».

Mas la prostitución cultural —y toda vez que osamos lamentarnos de ciertas presuntas o reales marginaciones nuestras nos hacemos de esto corresponsables: es necesario que prefiramos el ocultamiento hasta el anonimato, aunque incansablemente activo— pude parir solo bastardos; pare en efecto solo la *estéril tragi-*

*ciudad del juego de la confusión interesada*. Es el juego que suprime el dolor por los delitos planetariamente crecientes, hasta configurarlos como necesidad, o mejor como normalidad —divorcio, contracepción, aborto, homosexualidad, eutanasia, droga, hambre, envenenamiento del mundo—, en cuanto son las trágicas y proliferantes formas del único *sistema del delito* que provoca una siempre más evidente y universal ingobernabilidad y que en realidad constituye la tercera guerra mundial, no futura porque ya está en acto.

Una de las causas principales de tan graves efectos está en la universal disolución de todo residuo del principio del *omnis potestas a Deo*, disolución que ha recorrido el largo camino y largamente ensangrentado de las así llamadas «democracias»; o sea del «sistema político que consiente al canallaje estar mejor que la buena gente» —definición, creo, no sospechosa, al menos en cuanto es joven desde hace dos mil cuatrocientos años—: o sea, aquel sistema cuya forma más típica —escribe el mismo anónimo griego— consiste en que en las asambleas «puede levantarse a hablar cualquier trompudo y así perseguir su utilidad y la de sus semejantes». Cosa que, después de todo, es una manifestación típica de la *ley del mundo*, si, por ejemplo, mil cuatrocientos años después, o sea un milenio hace, Simeón el Nuevo Teólogo observaba que son honrados como maestros —nosotros diríamos como protagonistas de la cultura— aquellos que simulan virtud; mas esto hoy no es ni siquiera necesario, más aún a veces es contraproducente —ya que sobre todo aprovechan las charlas vanagloriosas— y esto queda como perennemente necesario para el mundo.

La alternativa positiva a la ley del mundo, que genera la iluminadísima babilonia de la simulación cultural, se pivota sobre la dimensión del conocimiento amativo como muy diverso de una simple imagen; más aún como el eje mismo del hombre integral y el origen más profundo de todo *scirey* de todo *velle* ordenados, y por esto fecundos. Su fruto principal se halla en radicarse en la persuasión absoluta que todo *labora re* que no sea intrínsecamente y totalmente cruz a alabanza de Dios es *apariencia estéril*: sobre todo *históricamente* —porque la historia es progreso solo en cuan-

to es *consecratio mundi*, o sea es hacerse enteramente verdad por parte de la entera persona—; y que todo *ora re* —toda palabra— que no sea intrínsecamente y totalmente el *labora re* de todo hombre —redimido, recreado— es *flatus vocis* y proliferación de fantasmas.